Hay veces que un leve tropiezo no previsto, accidental, inimaginable incluso hasta que ya se ha producido, y entonces no es solo imaginable sino que también es un hecho, se convierte en un acontecimiento capital que marca un antes y un después en el momento de producirse y para cualquier momento postrero, lo que fuera que vaya a venir se queda ya marcado, desde antes incluso de ser, de suceder.

Fue durante unos días de desacostumbrada y desmesurada actividad, final de curso: organización de exámenes, corrección de trabajos, preparación de las ponencias y las presentaciones para los cursos de verano, últimos acuerdos para el curso próximo, toques finales para un par de artículos destinados a medios especializados que solo leen los especialistas y, por tanto, los colegas, con el mayor espíritu crítico. Ana y yo apenas coincidíamos en la cama, un beso de buenas noches dado ya con los ojos cerrados sin habernos visto o hablado en todo el día, o en la cocina bebiendo un apresurado café para después despedirnos con otro beso en el sótano, a la salida del ascensor en los garajes, cada uno ya con el mando a distancia del coche en la mano, el beso coincidente con las luces disparadas y el clac de las cerraduras al abrirse, o era el clac del beso al cerrarse. Luego la curiosa sensación de vivir en mundos diferentes y distantes, casi planetas habitados además por especies desconocidas, ella en un Instituto al Norte de Madrid, yo en una Universidad al Este, donde hervían la tensión y los nervios de las últimas semanas del curso antes de que se apagaran las luces y se echaran las llaves y los edificios quedaran como enormes bestias en reposo, una estival hibernación fruto de la cultura humana y en el ámbito educativo.

Cuando recibí la llamada, y durante unos angustiosos segundos, me temí algo malo, o lo peor, dada la hora y la persona cuyo nombre aparecía en la pantalla del teléfono, alguien que me llamaba escasamente, por no decir nunca, puesto que nuestras conversaciones solían ser apenas un saludo para después pasar el auricular a Ana, cuando sonaba el teléfono fijo de casa, que sonaba poco, y lo cogía yo y preguntaba y entonces escuchaba la voz de Matilde, la madre de Ana, quien nunca en realidad me llamaba a mí directamente, es decir, al móvil.

Por eso, al oír su voz, `¿Marcos?´, dijo, preguntando, por si no era yo quién cogía mi propio teléfono, algo muy común en las personas con alguna edad, presentí una desgracia, un accidente, una enfermedad repentina, de ella, de Tomás, su marido, de cualquier de los hermanos de Ana o de la propia Ana. La podían haber avisado a ella de haber sucedido un percance, no es extraño que Ana hubiera olvidado cambiar el teléfono de emergencias que siempre se anota en las fichas de los profesores y de los alumnos, y cambiado el de su madre de siempre por el mío de ahora. No llevamos poco juntos, pero tampoco lo suficiente como para suplantar del todo a los padres, siempre presentes y protectores incluso cuando ya no están presentes ni pueden ser protectores. Luego supe, tardó un poco, Matilde se explicaba con lentitud y arrastrando muchos preliminares, que no se trataba de calamidad alguna, sino de algo mucho más prosaico, un viaje a Madrid desde Toledo donde residían, para una visita médica rutinaria, que había olvidado comentarle a Ana, quien, además, estaba fuera durante algunos días, con sus alumnos, en una de las habituales excursiones de convivencia con otros centros al final de curso. Matilde, por lo que se ve, ya había empezado a sustituir a Ana como su única interlocutora en Madrid, y me tenía obviamente presente, y no había dudado, o sí lo había hecho, en ponerse en contacto conmigo para avisarme de su visita y de su estancia también. Debía pasar noche, eso me dijo, para poder, luego del médico, hacer unas compras necesarias, por compromisos que no

me detalló. No tuve duda, ni reparo, en invitarla a nuestra casa. Matilde es una mujer de carácter, aunque amable, posesiva de sus hijos si bien no hasta el punto de robarles todo el protagonismo, al menos en lo que yo había observado, cuando Ana estaba presente, aunque no dejaba de acaparar bastante la atención, sobre todo porque Tomás no parecía tener interés alguno en refrenarla, si es que hubiera podido. Los hombres se acostumbran pronto a dejar que sean sus mujeres las que lideren casi todas las actividades cotidianas, y no suelen añadir nada a lo que ellas dicen o deciden, salvo ofrecerse para algún detalle de intendencia o de desplazamientos. No me causaba trastorno alguno su visita además, solo la extrañeza de saberla ocupando la habitación de invitados, una persona en el neblinoso punto intermedio entre familiar y ajeno. No me resultaba, en cualquier caso, ni siquiera relevante, sino más bien un episodio que probablemente se haría más común en los tiempos por venir, luego de que Ana y yo nos casáramos, como teníamos previsto, y quizá tuviéramos hijos, como no habíamos previsto aún, nada extraño en estos tiempos, dejar la paternidad y la maternidad postergada hasta algún momento indeterminado del futuro. Por eso lo olvidé. Me olvidé de Matilde. Ni siquiera me organicé de algún modo o de otro modo teniendo en cuenta su visita anunciada.

Por eso me sorprendió, nuevamente, y por segunda vez en el día, su llamada. Había terminado en el médico, andaba de compras, como me había anunciado, por Goya y Serrano, y me dijo que el doctor, al que no citó por su nombre, le había regalado unas entradas para la ópera, una representación de Moisés y Aarón, de Schönberg, y que había pensado, añadió, que quizá me interesaría, si no tenía nada mejor que hacer y no me era molestia en mis ocupaciones.

Me sentí múltiplemente comprometido. En primer lugar por Schönberg, músico al que admiraba, por su trayectoria vital, por su coincidencia con muchos de los miembros de la Escuela de Frankfurt, materia de muchas de mis clases de Teoría Política. En segundo lugar por el tema, relacionado con la Historia Bíblica, también tema de mis estudios y de mis clases. Y en tercer lugar por Matilde, mi casi formal suegra ya, con la que me sentía obligado a no dejar sola en una ocasión tan propicia. Me había dicho que si yo no la acompañaba iría de todos modos, no quería dejar pasar la oportunidad.

Me arreglé en pocos minutos, facilita las cosas estar en casa y que el tiempo sea bueno. No se tarda gran cosa en ducharse y ponerse un traje. Podía ir andando además, desde nuestra casa hasta la Plaza de Oriente. Nos citamos en una taberna antigua frente al Palacio Real.

No fue al primer vistazo, ni siquiera al segundo, una vez hube cruzado la puerta de hierro, madera y cristal, cuando ubiqué a Matilde, no porque hubiera mucha gente y ella estuviera en gran medida oculta a la vista, sino al contrario, porque casi no había clientes y mi mente no logró identificar a la espléndida mujer que, sentada en un taburete y acodada en la barra, miraba serenamente en mi dirección con una copa en la mano. Cuando reparé en mi error y finalmente me dirigí hacia ella, ya no tenía posibilidad de ocultar mi despiste y Matilde ya era plenamente consciente de que no la había reconocido en absoluto. Porque no lo había hecho, ni siquiera por aproximación. Sencillamente la había descartado, mis ojos lo habían hecho, buscando en algún otro lugar, una mesa o incluso un retraso, a la mujer de mediana edad y aire de semiadolescente abandonada con la que me había encontrado en otras ocasiones.

La figura que esperó pacientemente a que mi desconcertado rostro llegara a la distancia adecuada del suyo parecía salida de un desfile de moda. El cabello, rubio, abundante, hueco y suelto, flotaba sobre unos hombros que el vestido de una sola pieza -Hermés, Alexander McQueen, o Acne Studios, no sabría bien, no entiendo mucho- dejaba desnudos, vestido que, además, exhibía un generoso escote y terminaba a medio muslo, dejando ver unas piernas bien formadas que cruzaba con desenvoltura, terminadas en unos magníficos zapatos de tacón -parecían Chritian Louboutin- de la misma tonalidad ocre que el vestido. Pendientes, pulseras, incluso el reloj -tal vez Messika-, parecían ir perfectamente a juego. `Hola, Marcos´, me dijo, ofreciendo su mejilla perfectamente maquillada al incondicional beso que me pedía que yo le diera a modo de saludo.

Bebí lo mismo que ella, descubriendo tarde que el combinado llevaba más alcohol del que había previsto. Mientras apurábamos la copa Matilde me explicó que ante la eventualidad de la ópera había decidido dejar las compras para el día siguiente, optando por adquirir para ella misma un modelo acorde con la solemnidad de la obra de Schönberg. Mientras me hablaba, en ocasiones se inclinaba hacia mí, como buscando privacidad para nuestra conversación, que, no obstante, no podía escuchar nadie, la cafetería semivacía aún, y, al hacerlo, el vestido se abría y me permitía divisar con bastante generosidad sus pechos, apenas cubiertos por lo que me pareció un fino y delicado sujetador, de color rojo inglés con fino encaje bordeándolo, que no se diría que albergara otra función que adornar, puestos que aquellos apéndices parecían firmes y sostenidos por fuerza propia, también de apariencia suave, brillante ligeramente la piel desnuda. Matilde tenía poco más de cuarenta años, no sabía bien la edad exacta, nunca la había preguntado, y tenía las formas y la rotundidad seguramente en su mejor momento, idea que formé después, una vez hube asimilado que la mujer deslumbrante que tenía frente a mí era todo un descubrimiento imprevisto. Esa piel suave que veía en su torso parecía suavizarse aún más en sus piernas, el vestido se le arrugaba a cada movimiento un poco y seguía subiendo, aunque no demasiado sí hasta el punto de dejar dos tercios de sus piernas a la vista, pero, sin duda, especialmente en los brazos, en las manos y en el rostro. Di por hecho que luego de haber comprado el vestido y quizá también los complementos, no podía saberlo con seguridad, no la había visto llegar de su viaje en autobús desde Toledo, seguramente había pasado por un salón de belleza, donde le habrían atendido el pelo y también la piel, por profesionales sin duda aplicados y habituados a preparar a una mujer para ir a la ópera, nada extraño en una gran ciudad, menos en Madrid. La estuve dejando hablar un rato, observándola intentando ocultar mi inicial sorpresa y luego fascinación. Más tarde ella me preguntó por la obra a cuya representación íbamos a asistir, y me apliqué en responder, precisamente para intentar corregir la excesiva atención que estaba dedicando a sus encantos, que eran muchos.

Ignoro si fue por casualidad, pero sonaba el Cuarto Movimiento de la Segunda Sinfonía de Mahler, interpretado por Anna Larsson, su oscura voz protagonizando la canción más allá del violín y del clarinete, el sonido envolviéndonos desde detrás de la nuca de Matilde, a quien le narraba yo las vicisitudes de Schönberg y del mismo Mahler también, conversos, uno al protestantismo y el otro al catolicismo, pero perseguidos igualmente por su condición de judíos de sangre, explicación que ella escuchó con un extraño brillo en sus ojos que no supe cómo interpretar, luego de caer en la cuenta que ella venía de una familia de larga raigambre en Toledo, probablemente la capital, si la hubiera habido, de la mítica Sefarad. Terminé mi breve explicación de la cultura europea a finales del siglo XIX

y principios del XX y salimos del local justo cuando sonaba el vibrante scherzo del Quinto Movimiento, basado un poema de Klopstock, cuando la orquesta y el coro sonaban en toda su magnificencia.

Entramos en el Teatro Real, ella agarrándome del brazo, a causa de los tacones prácticamente tan alta como yo, a causa de su indumentaria y de sus arreglos, como una auténtica princesa germana. Por un instante me sentí camino del escenario, más que de la incómoda butaca. Antes de sentarnos, eran buenas entradas, centradas y de las primeras filas, pude observar, por el rabillo del ojo, que Matilde irradiaba un hechizo que hacía que muchos ojos volaran y se posaran justamente a nuestros pies. No dejé de pensar en ello mientras avanzaba la larga representación. Luego, al acabar, terminar de aplaudir y ponernos en pie para salir, pude observar que algunos hombres se paraban en el vestíbulo con la intención apenas oculta de verla pasar a su lado.

Tomamos una copa en un local de Ópera. Luego en una discoteca. Matilde se mostró incondicionalmente a favor de bailar. Finalmente encontramos por casualidad una sala salsera en La Latina. Más tarde volvimos a casa despacio, pasando frente al templo de Deboh con Matilde descalza, yo sujetando sus zapatos Louboutin -ahora sí había visto el logo en las suelas- con la mano. Tuve que reconocerme que hacía años que no lo pasaba tan bien.

Los problemas empezaron en el ascensor. Matilde dejó de hablar, se inclinó y posó su frente en mi hombro. Me hizo un gesto con la mano intentando señalar que todo iba bien, pero fue justo al entrar en casa, en el vestíbulo, cuando se convulsionó y, a pesar de que intentaba sujetarse la cabeza con una mano y taparse la boca con la otra, empezó a vomitar sobre sí misma, imparablemente, inconteniblemente, hasta terminar sentada en el suelo, las piernas abiertas, el rostro enterrado bajo el desordenado pelo. Era la primera vez que me enfrentaba a algo parecido. Cuando creí que el episodio había terminado no se me ocurrió otra cosa que cogerla en brazos, llevarla al baño y meterla tal cual estaba en la ducha, bajo el agua templada. Luego, mientras el chorro arrastraba la suciedad, fui quitándole el vestido, y luego la ropa interior, hasta dejarla solo con las joyas y el reloj, y una cadena de cuero y oro que hasta ese momento me había pasado desapercibida. Matilde, agotada, se dejaba hacer. El agua y el jabón fueron cambiando la atmósfera, hasta que fue solo la fragancia del último la que dominaba, también el olor de Matilde, intenso -había sudado profusamente mientras vomitaba-, dulce, penetrante. Enjaboné y lavé su pelo, luego hice lo mismo con su cuerpo, esmerándome más de lo aconsejable, descubriendo más de lo aconsejable, sorprendiéndome con la intensidad de las curvas y la nitidez de las formas, una versión carnosa de Ana, recuerdo que pensé. Cuando hube terminado la envolví en un albornoz y la llevé a la cocina. Mientras se preparaba el café me duché yo mismo. Luego tomé un café rápido y limpié el vestíbulo, recogí la ropa, la llevé a la cocina y la metí en la lavadora. No sé bien qué hora era cuando fumábamos juntos en la terraza terminándonos una segunda taza de café, de pie y apoyados en la balaustrada, sintiendo el calor de la noche en Madrid, descalzos, los albornoces descuidadamente abiertos, el de ella por pequeño como deduje, Ana es bastante más delgada, el pelo de ambos mojado, sin peinar, los ojos de Matilde brillantes y con las pupilas dilatadas, sus labios generosos y entreabiertos en una mágica sonrisa de complicidad y agradecimiento. Cuando se fue a dormir, me quedé en la sala y tomé una copa. El café me había quitado el sueño y yo había bebido poco, o lo había tolerado mejor. Leí un rato, primero unos fragmentos del *Libro de los pasajes*, de Benjamin, luego algunas páginas de *Homo Deus*, de

Harari. Luego tendí las prendas, el vestido, las bragas, el sujetador, mi camisa. Terminé el whisky y me fui a mi vez a la cama.

No pude, sin embargo, evitar que, al pasar frente a la puerta del dormitorio de Matilde, que vi que no estaba del todo cerrada, solo entornada, una puerta que cierra pero que no cierra, empujarla un poco, medio abrirla, meter la cabeza, acostumbrar mis ojos a la penumbra, y echar un vistazo al lecho, a la cabeza sobre la almohada, la espalda desnuda y descubierta, un pie sacado bajo el edredón, la respiración pausada pero intensa, mi propia respiración algo más agitada quizá. Di por hecho que estaba dormida y me disponía a retirarme a mi vez, cuando ella se volvió, levantó el torso un poco, me miró, o yo creí que lo hacía, y creí detectar en su mirada una expresión de desasosiego. Por eso le pregunté: `¿Estás bien, necesitas algo?´, a lo que ella respondió: `Sí, estoy bien, gracias. Muy a gusto, aunque quizá un poco sola´, llevándose la mano a la cabeza y echando su densa melena hacia atrás, su torso ahora completamente a la vista, pude ver sus pechos grandes y rubricados por unos pezones oscuros, a lo que respondí: `No te preocupes. Estoy en la habitación de al lado. Solo tienes que dar una voz y en un segundo estoy aquí´, a lo que ella replicó: `Gracias, pero quédate un poco ahora, por favor, necesito algo de compañía, notar a alguien a mi lado´, e hizo un gesto con la mano señalando la cama y en la cama el hueco a su lado. Mientras me acercaba, me desprendía del albornoz, y me desnudaba por tanto, y me tendía a su lado, aún ella me dijo: `No quiero molestarte, es solo un rato, hasta que se me pase, no quiero abusar de tus cuidados, ni molestarte, si no te importa. Un par de minutos y te vas, ¿vale?´, a lo que respondí sin responder, y me eché en mi colchón, al lado del cuerpo desnudo de la madre de mi casi mujer, que me doblaba en edad, y seguramente en belleza, y que, aún en la oscuridad, la sabía tan deslumbrante como una criatura surgida en el norte del agua de un lago cálido en verano. No tardé en dormirme. Creo que ella tampoco, apenas hubo sentido mi cuerpo al lado del suyo, mi brazo rodeándola la cintura. Seguramente agotados los dos, muchas peripecias desacostumbradas esa noche. Una noche que se extendió largamente, hasta la hora de la mañana en la que me desperté con un grito velado, el de Ana, quien había regresado imprevistamente por el accidente de un muchacho al que habían traído de regreso a Madrid y hospitalizado, al que ella había acompañado y luego dejado en manos de sus padres, y venido a casa, donde me había sorprendido abrazando el cuerpo de su madre, los dos en la cama, desnudos, alborotados, incapaces de dar una explicación razonable de la nada razonable escena, conscientes además de que todo no había hecho más que empezar.

No nos dijimos nada en la sala de espera de las urgencias del hospital al que llevamos a Ana para que la trataran de la crisis nerviosa, Matilde además vestida con un vestido de Ana -había tirado la ropa que traía de Toledo al comprar y ponerse la nueva- y con los zapatos Louboutin, ni una palabra cruzamos, ni siquiera las miradas lucharon por controlar, por poner orden, por analizar y sacar conclusiones y asumir o resignarse a lo que fuera que tuviera que pasar. Yo no la miraba ni ella me miraba a mí, aunque, entre ella y yo existía una especie de corriente eléctrica que iba desde mi brazo al suyo, desde mi mano a la suya, desde mi cuello al suyo, incluso creí sentir, de alguna manera, el sabor de sus labios, que casi había besado cuando la recogí del suelo y la llevé al baño, también el tacto de la piel que yo había manoseado. No nos miramos. No se miran los culpables nunca cuando se saben inevitablemente sorprendidos. Tampoco los no culpables cuando están inevitablemente aturdidos.